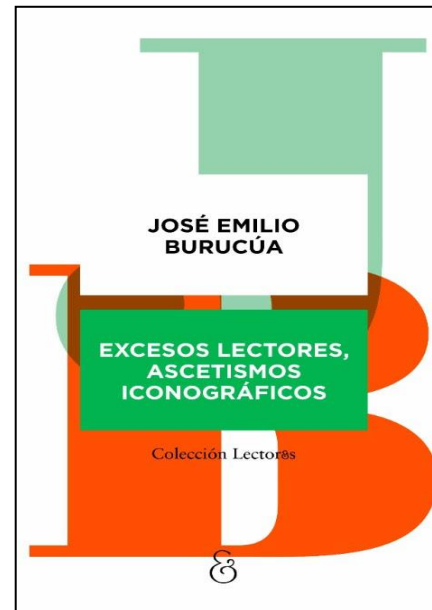




Correa, Joaquín. "Reseña bibliográfica: José Emilio Burucúa, *Excesos lectores, ascetismos iconográficos. Apuntes personales sobre las relaciones entre textos e imágenes*". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, marzo de 2018, vol. 7, n° 13, pp. 167-172.

**José Emilio Burucúa**  
*Excesos lectores, ascetismos iconográficos.*  
*Apuntes personales sobre las relaciones*  
*entre textos e imágenes*  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Ampersand  
2017  
240 pp.



Joaquín Correa<sup>1</sup>

Recibido: 21/12/2017

Aceptado: 01/02/2018

Publicado: 12/03/2018

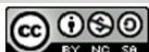
### Culpa y gratitud

Deteniéndose en *Los tres filósofos*, óleo sobre tela de Giorgione fechado en 1509, José Emilio Burucúa concluye su libro *Excesos lectores, ascetismos iconográficos. Apuntes personales sobre las relaciones entre textos e imágenes*, editado con un cuidado muy bello y amable por Ampersand en 2017, con una lectura propia de esa pintura, cruzando precisamente allí, y de un modo alegórico, vida y *pathos*, realizando un último esfuerzo de lectura que confunde, para dispersar, los límites de los propios días con las supervivencias del pasado:

Hace mucho tiempo, compartía con ese muchacho la curiosidad y la espera, cuando vivía en Tierra del Fuego y miraba con frecuencia las montañas azules en la lejanía, semejantes a la del fondo del cuadro. En mi madurez, me complacía verme espejado en el árabe, tan sereno y silencioso, volcado a la introspección. Ahora, no puedo sino identificarme con el anciano ceñudo, robusto de cuerpo y de vestimentas, quien luce preocupado, el más inquieto de todos. Es probable que lo fastidie el hecho de que su tableta se haya roto o que muy pronto deberá de abandonar la escena. Su

<sup>1</sup> Profesor y Licenciado en Letras (UNMDP) y Mestrem Literaturas por la Universidade Federal de Santa Catarina, donde actualmente realiza sus

estudios de doctorado. Contacto: [joaquin\\_medio@hotmail.com](mailto:joaquin_medio@hotmail.com)



saber se avejentó lo mismo que él y no parece compartir ya la confianza del joven en desentrañar los misterios de la vida, ni la serenidad resignada del oriental. Se resiste a abrigar la sospecha de que todo fue en vano pero, de todas maneras, es el más alejado tanto de las sombras de donde la ciencia extraerá el conocimiento cuanto de la bella luz que ilumina el horizonte. Para el joven, seguramente es el sol que sale por el este; el anciano cree que, más bien, el resplandor es del oeste. Si así fuera, su túnica del color del oro concentraría los últimos rayos de la tarde. Tanta ciencia que leer y leer quise y así se desvanece. (213-214)

En esa su despedida del texto, Burucúa proyecta no sólo su vida, quién pensó ser, fue, ha sido y es, sino que conjuga varias de las interpretaciones que se le han dado a las tres misteriosas figuras (alejadas de toda posible atribución certera de un referente), reconstruye el contexto y surgimiento de la tela e imagina un hipotético encuentro entre Leonardo y el propio Giorgione en Venecia a partir de dos dispersos, extraños y mínimos dibujos del Vinciano, tal y como lo había entusiasmado (luego de haber abandonado la novela varias veces) el encuentro entre Kafka y Hitler que Renzi escuchara detallar a Tardewski en *Respiración artificial* de Ricardo Piglia. En esa escena, el warburguiano Burucúa, entonces, lee los vestigios de su vida, realiza un doble movimiento (no solamente re-lee en aquella pintura su vida sino que hace de su vida esa pintura, esto es: una obra de arte renacentista) y preanuncia el por-venir personal que le depararán la aurora o la oscuridad. De este modo, cada uno de los capítulos del libro también está personificado allí. Ese anciano fastidioso y anacrónico se sitúa en un entre-lugar, especie de intemperie del Ángel de la Historia benjaminiano que, con-

gelado en el tiempo y en el espacio, pronto será parte del aire.



Figura 1: *Los tres filósofos (Tre filosofi)*, Giorgione, circa 1505-1509, óleo sobre tabla, dimensiones: 90.8 cm × 110.5 cm.

*Los tres filósofos*, por otro lado, parece ser el anverso perfecto de otro trabajo atribuido, la mayor parte de las veces, también a Giorgione, *La adoración de los pastores* o *Natividad Allendale*:



Figura 2: *La adoración de los pastores* o *Natividad Allendale*, Giorgione, circa 1504, óleo sobre lienzo, dimensiones 121 cm × 142 cm.

Motivo ése que, por cierto, fue también recuperado por El Greco, unos cien años después:



Figura 3: *Adoración de los pastores*, El Greco, circa 1612-1614, óleo sobre lienzo, dimensiones 319 cm x 180 cm.

En ese rápido montaje de series constelacionales se descubre un camino posible, pero no manifiesto ni en definitiva emprendido, para describir el devenir de una vida y su forma. Lo que inaugura el salto de Giorgione a El Greco es la potencia del Barroco y una forma-de-vida dispuesta hacia la muerte de otro modo. *Adoración de los pastores* fue la última obra que El Greco realizó antes de morir. ¿Por qué, podríamos preguntarnos ahora para seguir desarrollando los mundos posibles, Burucúa optó por ver reflejado el transcurso de su vida en una obra de Giorgione y no en otra? La tensión entre los llamados, con Eugenio D'Ors, eones (aquí corporificados en el Renacimiento y el Barroco) puede ser un dispositivo para leer *Excesos lectores* entre lo que se dice y lo que no, entre lo escrito y lo no escrito, entre la gratitud y la culpa.

En su reseña del libro para *Télam*, Damián Tabarovsky se detuvo primero en los pre-textos de la edición para marcar la paradójica situación de Burucúa y, después y como consecuencia de ello, en la definición y los calificativos que Burucúa le da

ba a Carlo Ginzburg, porque, según el propio Tabarovsky, serán los que se ajustan a su estilo:

Tras leer “El queso y los gusanos”, escribe: “no podía creer la maravilla que estaba leyendo, un discurso coherente y desdoblado (aunque parezca contradictorio)”. Efectivamente, ese tono de discurso coherente en su erudición y desdoblado en sus pliegues y recodos que invitan a un doble sentido, marca el estilo de Burucúa. Es como si siempre Burucúa estuviera diciendo dos cosas a la vez, como si esta tensión irresuelta operase como el motor de sentido de sus textos.

Creo que esa marca va más allá del estilo y contornea algo así como una lengua bífida, que sí dice dos cosas a la vez y que, por ejemplo, en *Excesos lectores* está presente desde ese comienzo lleno de gratitud y amabilidad para con sus editores, gesto que a lo largo del texto será ampliado a sus colegas, compañeros, escritores e intelectuales y hasta tesis dirigidos y que se contraponen a ciertos momentos que, si bien aparecen esporádicamente en el texto, son oscuros y cargados de una culpa en apariencia inexpiable, configurándose así una vida no tanto en esos términos armónicos de la pintura renacentista elegida para representar su alegoría sino por claros y contrastes irresolutos, entre el exceso y el ascetismo, de luz y tinieblas. Nos encontramos, tal vez, delante de un texto barroco y, por ello, melancólico.

“«A nadie se dio veneno en risa», asegura un proverbio castellano. Podría parafrasearlo y decir: «Nunca me dio veneno la lectura»” (9), así comienza efectivamente, luego del preliminar agradecimiento, *Excesos lectores, ascetismos iconográficos*. Ese será el *leitmotiv* que recorrerá el texto, la autobiografía de un lector ordenada de modo cronológico desde un presente que se siente crepuscular, a partir de la recuperación arqueológica de una

serie de actos de lectura situados en el tiempo y el espacio siempre algo remoto de los pasados ya acaecidos. Entonces, si la lectura nunca fue un veneno (y *phármakon*, nos recuerda Derrida, es veneno y también remedio y vice-versa), ha sido una constante fuente de dicha, alegría y consuelo, de embriaguez y gozo, sólo perdida por el miedo en momentos recientes de nuestra historia aciaga, durante la dictadura y la guerra de Malvinas. Leer, además y en un comienzo mítico, devela el manto secreto de las cosas del mundo: uno de los posibles y difusos orígenes del aprendizaje de la lectura, la comprensión, a partir de un primer contacto con los subtítulos de *A la hora señalada*, con Gary Cooper y Grace Kelly, de la trama de la película, le regala al niño Burucúa “la sensación de que el mundo ya no tendría secretos para mí” (11). La lectura, entonces, es el primer filtro hermenéutico que decodifica el mundo alrededor y se posiciona como el fundamento de una praxis de vida.

La gratitud que signa el movimiento del recuerdo de Burucúa muchas veces se dirige a las mujeres y, en especial, hacia su madre y hacia su esposa, Aurora. “Pienso que la predilección de madre por la narración espontánea me marcó para siempre, porque nunca abandoné la confianza ni el goce de un relato o de un saber oralmente transmitido” (14), afirma en su primera mención a este linaje femenino, al igual que en el caso borgeano ligado a la transmisión oral del relato. La madre le ayuda a preparar Literatura Española III en la carrera de Letras, contándole la novela del corpus del plan de estudios que no terminó de leer, *Fortunata y Jacinta*; a Aurora, a su vez, le pidió que, a partir de su “actividad callada de lectora” (137), le contara detalladamente las novelas contemporáneas que leía y le seleccionara “las páginas más poderosas para que me detenga un cuarto de hora en ellas” (135). En las figuras de Madre y de Aurora es posible instalar la pregunta sobre la división sexual del trabajo doméstico que está detrás de la produc-

ción intelectual masculina, en este caso, y la hace posible: su periodo de becario en Italia fue muy rico porque pudo reproducir el tiempo anterior de su paso por la Facultad de Buenos Aires al poseer unas condiciones ideales de estudio: “a pesar de tener familia e hijos pequeños a los que debí prestar amor y cuidados, el hecho de que hubiera doble escolaridad en Italia y Aurora pudiese casi siempre ir a buscarlos por la tarde, me permitió reproducir la *raram temporum felicitatem* de mi paso por la Facultad” (124).

La madre será, además, quien le transmita una visión evolucionista del arte gracias a la mimesis y la representación, de la cual irá intentando despegarse poco a poco, aunque nunca del todo y le parezca ser una batalla a dar de por vida. Es hacia una mujer, por cierto, que comete “un pecado sin regreso hasta ahora”, que le confirma su “propia predestinación al mal” (110) y la potencia de una lujuria irrefrenable que ha dominado su vida. El abandono de esa mujer, luego de haberla seducido y dejándola con un embarazo a cuestas y sus dificultades, le continúa doliendo, sobre todo, porque allí está involucrada la lectura y la posibilidad de que, al fin, sí, sea veneno: el intercambio de los poemas de *Paroles* de Jacques Prévert habría sido el desencadenante inicial de los hechos que, si en ella desembocaron en una situación “compleja y triste”, en él produjeron la culpa tenaz que habita en el mundo subterráneo del texto y su escritura, que ya no se descubrirá en cuanto conjuro sino en tanto expiación y salvación y que, en última instancia, podrá, sacrificándose él, ayudar al prójimo, tal y como dice al cerrar el capítulo “Madurez y culpa” y viéndose reflejado en el unicornio del Leonardo de *Unicornio que hunde su cuerno en el agua*, siendo, recordemos, la cualidad del cuerno del Unicornio la de purificar el agua envenenada: “me gustaba parecerme al unicornio, siempre portador de la bestialidad de la culpa, desarmado por la belleza e ilusionado de que aquel mismo exceso del peca-

do reconocido, y mil veces sentido, si bien no sirve para salvarme, sirviese al menos para eliminar la ponzoña que amenaza al prójimo” (177-178).

El padre, por otro lado, es quien ratifica el conocimiento obtenido a través de las enciclopedias ilustradas, a partir de la mítica ampliación e ilustración de la información sobre la célula allí descrita. Y así, la valorización del conocimiento oral y lectura de imágenes, vías de acceso a la historia privilegiadas siempre por Burucúa, un tanto astierista (aunque de una clase, digamos, distinguida, no deja de llamar la atención ese acceso a la cultura ni la anécdota de construcción, junto con sus compañeros de quinto grado, de un cohete intergaláctico que lanzaron desde un terreno baldío y que acabó en una “explosión brutal”), están allí, aunando la escucha con la visión, la memoria auditiva con la memoria visual, ampliando el campo de percepción del acto de leer dispuesto siempre en pro de llenar un vacío que la curiosidad intenta, una y otra vez, colmar.

En la recuperación del acto de leer confluyen una serie de yoes: se recupera aquel que experimentó la escena en sí al tiempo que el otro, el yo que escribe, y gracias a la distancia, ejerce la fuerza de la reflexión que quiere, con ese rescate detenido, conjurar el agotamiento del soplo vital. “Los pliegues de las realidades”, como él los llama (86), anteriormente no comprendidos, son traídos a la luz del presente para, a partir de la óptica actual, analizarlos. Hay una serie de permanencias, la del anti-peronismo es una de ellas y la de los libros que marcaron o torcieron su rumbo es otra (la lectura de *La libertad y la violencia*, de Víctor Massuh, en los tempranos setentas, le “salvó la vida, porque la crítica de la violencia por parte de Massuh y su apología robusta de la libertad me apartaron del camino político que me lanzaba al ejercicio de la primera más que de la segunda” (106), cosa que no ocurrió con su hermano, que pese a las lecturas por él sugeridas, no desertó del ERP y dejó la vida en combate). Ese movimiento conti-

nuo del pensar es, evidentemente y por otro lado, el devaneo propio de la melancolía. El conjunto de esos actos de lectura recuperados en el aquí y ahora por el “flujo bloomiano” (65) de la escritura constituyen el suelo de esta auto-biografía, el suelo de una vida que, desde allí y de modo barroco es leída, conservando como epígrafe aquella leyenda que, rezando “la lectura nunca me dio veneno” (52), vuelve como un *ritornello* y da forma a un “oxímoron perpetuo de alegría en sombras” (67).

La auto-biografía lectora de José Emilio Burucúa coloca la fruición y la alegría del acto de leer en primer plano e intenta reponer todo lo que ello le trajo en consecuencia a lo largo de su vida. Esa dicha que intensifica el presente es desde la cual se escribe el texto que, al mismo tiempo y por el camino recorrido, lo acerca al sentimiento propio de la muerte de estar “más allá de la circunferencia última” (179), lo que, en sus palabras, “me proporciona un apego suave a la existencia que, si se complementase con la reconciliación que busco, implicaría un final sereno” (179). Es allí donde al texto, en su cercanía a ese umbral que constituye el presente de un vía crucis personal, se le imprime, en las palabras de Hilda Sabato en su presentación en la Feria del Libro de Buenos Aires, “un viraje drástico a la narración” (2), se transforma y deja de ser el *racconto* pasado de actos de leer para colocar al acto de leer en sí sobre la mesa como método de trabajo y(de)mostrarle, con ello, a sus descendientes de qué modo se mueve frente a una investigación y un texto. Por fin, el warburgiano Burucúa precisamente en ese punto reaparece y el libro deja de ser lo que fue para configurarse en lo que será: un testamento utópico destinado al futuro sobre la dicha de las lecturas de una vida.

### Obras citadas

Sabato, Hilda. “José Emilio Burucúa, *Excesos lectores, ascetismos iconográficos*”. *Orbis Tertius*, vol. 22, n° 26,

2017,

<http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/articulo/view/OTe66>

Tabarovsky, Damián. “El Libro de la Semana: «Excesos lectores, ascetismos iconográficos», de José Emilio Burucúa”. *Télam*, 21 de abril 2017, <http://www.telam.com.ar/notas/201704/186427-el-libro-de-la-semana-excesos-lectores-ascetismos-iconograficos-de-jose-emilio-burucua.html>